

casos más sangrantes, el escritor deja de utilizar el tono lírico que era tan característico de algunas de las creaciones de su primera etapa narrativa.

Tras su larga dedicación al cultivo de la literatura social, Rodrigo Rubio evoluciona hacia una nueva tendencia narrativa, que se correspondería con una tercera etapa, y que viene marcada por una literatura más fantástica e imaginativa, muy próxima al esperpento y en consonancia con los postulados estéticos de la llamada novela dialéctica o experimental de los años setenta. Es en esos momentos cuando su pueblo natal, Montalvos, se transforma en el mítico escenario de Monsalve, en el que Rodrigo Rubio sitúa algunas de sus obras más queridas, como *Papeles amarillos en el arca* (1969), *Cuarteto de máscaras* (1976) y *La silla de oro* (1978).

Entre las novedades de esta tercera etapa, especialmente evidentes en sus relatos, se puede apreciar una mayor preocupación por el estilo, con un vocabulario más culto y una sintaxis más compleja y elaborada, junto con la habitual presencia de temas relacionados con el mundo de la imaginación y la fantasía, algo que se podría relacionar con el llamado “realismo mágico”, tan característico de la novela latinoamericana. Y otro tanto cabe afirmar respecto del uso frecuente de las distorsiones espacio-temporales y del cambio en el enfoque narrativo para dar paso al simbolismo, la parodia, el sarcasmo, la caricatura y el esperpento.

Finalmente, en su trayectoria literaria se puede hablar de una cuarta etapa, a la que, siguiendo el término empleado por Luis Mateo Díez, hemos calificado como la de los “mundos propios”; es decir, aquella en la que reaparecen las biografías y los testimonios personales, autobiográficos; la vuelta a los orígenes; la novela histórica; la novela policíaca, y la novela erótica. Todo ello sin abandonar en ningún momento la visión crítica, sarcástica y esperpéntica de la realidad que había sido característica de su segunda y tercera etapas y que está presente incluso en la literatura infantil y juvenil en la que el escritor se adentró en los años ochenta y noventa.

En esta etapa, hay que destacar las que Rodrigo Rubio calificaba como novelas de memorias, en las que, desde la atalaya y la perspectiva de los muchos años vividos, se intenta el imposible reencuentro con el mundo de la infancia y la adolescencia antes de que la niebla de la vida se disipe para siempre y dé paso a la incógnita de un más allá en el que nada parece garantizado. Y nada está garantizado porque ni tan siquiera se puede afirmar que exista ese más allá, pues las continuas preguntas que se le hacen a un Dios silencioso y lejano nunca encuentran respuesta.

Tal vez por eso, el tono de sus escritos es mucho más crítico, más pesimista y más amargo. El ser humano se siente solo, impotente y desvalido, y busca en su interior las explicaciones a muchas de sus incógnitas, miedos